

EL DÍA LIBRE

Aquel jueves, al llegar a la sucursal bancaria en la que trabajaba, Carlos encontró un cartel colgado en la puerta “Cerrado por celebración”. En el interior de la oficina habían instalado una mesa enorme llena de canapés, copas y botellas de cava.

“Queridos compañeros, hoy es un día muy especial para mí, y espero que para todos ustedes” -comenzó su discurso Don Manolo, el Director- “Nuestra sucursal del Banco Costero cumple 25 años de servicio a nuestros conciudadanos. Muchos recordarán aquellos primeros tiempos, que no fueron fáciles, y las duras pruebas de ingreso que tuvieron que pasar...”

Carlos suspiró. Por supuesto que lo recordaba. Nada más terminar la carrera, se dejó convencer por su madre, Doña Modesta, y preparó las pruebas de ingreso al banco, aunque para ello tuvo que renunciar a un viaje a Suecia con sus dos mejores amigos de la Facultad. El argumento de Doña Modesta fue que, una vez tuviera la seguridad de un puesto fijo, podría hacer todo lo que quisiera. Carlos pasó las pruebas y obtuvo la seguridad ansiada por Doña Modesta. El mismo día en el que obtuvo el aprobado, con sus 24 años recién cumplidos y una sonrisa triunfal, escribió una lista titulada “Cosas a hacer antes de los 50”.

“Como Director de la sucursal” -proseguía Don Manolo- “debo decirles que me siento muy orgulloso de todos ustedes. En estos 25 años han pasado muchas cosas, y a cada uno nos ha cambiado la vida...”

“Y tanto que nos ha cambiado la vida”, pensó Carlos. Una vez ingresado en el banco, Paloma, su novia, le hizo ver que era un buen momento para comprar piso, y a los cuatro meses Carlos era un hombre felizmente casado e instalado en un modesto pero moderno pisito con vistas al mar y muy bien situado. Como bien decían Paloma y Doña Modesta, no hay cosa más bonita en la vida que ser padres jóvenes así que, a los once meses de la boda nació Marta, completando la felicidad doméstica y relegando la lista de las “Cosas a hacer antes de los 50” al bolsillito interior del billetero de Carlos, donde quedó guardada y olvidada.

“En nombre del Banco” –decía emocionado Don Manolo- “quiero agradecerles los desvelos y fatigas que les ocasiona el trabajo, y que sin duda afectan a menudo a su vida personal...”

“En eso”, se dijo Carlos, “tengo que discrepar con este buen hombre”. El trabajo metódico y estructurado del banco suponía para él un oasis de tranquilidad en el que recuperarse de la actividad frenética con la que su mujer llenaba todas y cada una de las horas libres de Carlos. Actividades extraescolares para su hija, trabajos domésticos, compras, compromisos familiares, planes con amigos, visitas culturales...hacía 25 años que Carlos no tenía una tarde libre.

“Quiero anunciarles” –estaba concluyendo Don Manolo- “que, para celebrar estos 25 años de dedicación y esfuerzo, el banco nos concede el día libre. Así que, después de brindar juntos, les pido por favor que se vayan y disfruten de este día haciendo aquello que les gusta y que diariamente no pueden hacer porque están trabajando. ¡Brindemos, compañeros!”

Carlos sonrió con tristeza. Llevaba tantos años dedicándose a hacer lo que tenía que hacer, que no se acordaba de lo que le gustaba hacer. No sabía cómo gastar un día libre. Lo primero que pensó fue en llamar a Paloma para ver qué planes tenía, o en ir a casa y consultar la lista de cosas pendientes que siempre había pegada en la nevera, pero no le pareció bien desobedecer a su jefe justo ese día, así que tendría que esforzarse por encontrar algo que realmente quisiese hacer.

Salió del banco con desgana y caminó lentamente hasta la playa. Se sentó mirando al mar y, de repente, recordó la otra lista, aquella que escribió hacía mucho, la de las "Cosas a hacer antes de los 50". La buscó en su billetero y allí seguía, esperándole. Sonrió al ver que eran cosas que seguía queriendo hacer. Se le borró la sonrisa al comprobar que no había hecho ni una sola de aquellas cosas. Y se le hizo un nudo en la garganta al darse cuenta de que estaba a punto de acabarse el plazo: tenía 49 años, 6 meses y 3 días.

Tras pasar más de dos horas mirando al mar y releer varias veces la lista, por fin llegó a una conclusión: tenía que darse prisa. Se levantó de un salto y salió corriendo en dirección al centro de la ciudad. Necesitaba llegar antes de que cerrasen las librerías.

A las 15:33 Carlos recibió una llamada de Paloma, extrañada de no encontrarle en casa, con la mesa puesta y la comida preparada, como era lo normal. Carlos respondió al móvil tumbado en la hierba, en lo alto de un acantilado, y le dijo a Paloma que no podía ir a comer, y que probablemente llegaría tarde a cenar, que tenía mucho lío, que ya se lo explicaría después. Y era cierto. Tenía que terminar esa misma tarde "Trafalgar", de Benito Pérez Galdós. Leerse los 46 Episodios Nacionales en menos de seis meses no iba a ser tarea fácil.

A partir de aquella conversación, Paloma no habría sabido decir si su marido había perdido el juicio o si le estaba tomando el pelo al mundo entero. Carlos estaba lanzado a cumplir con su lista, y ella había decidido lanzarse con él. Quería a su marido, y tras tantos años de sentir que tenía que arrastrarle para hacer las cosas, aquella nueva faceta de decisión e iniciativa la tenía fascinada, aunque les llevase a hacer cosas tan disparatadas como participar en una batalla de moros y cristianos, saltar en paracaídas o correr los Sanfermines.

Cuando su cuñada les llamó para invitarles a la tradicional cena navideña, en la que cada año se reunían los 67 miembros de la familia, Carlos tuvo que contener la risa antes de contestarle: *"Tengo que hablarlo con Paloma, pero no creo que podamos porque estamos muy liados, y estas Navidades seguramente las pasemos en Suecia"*.